HISTORIA DE LA MEDICINA

LA TUBERCULOSIS, FRANZ KAFKA Y EL ARTE*

Dr. Angel N. Bracco MAAC FACS

Les presente un tema con reminiscencias literarias y personales, muy extenso pero que he sintetizado al máximo, insinuando algunas interpretaciones sobre dos escritos de Kafka.7 Imaginemos penetrar en un bosque bastante tupido y seguir tres sendas. Son tan largas y a veces tan intrincadas que será imposible recorrerlas en su totalidad y obligatoriamente tendremos que avanzar y retroceder dejando atrás muchas cosas que podríamos ver. En cambio, daremos a estas sendas límites temporales. La senda de la tuberculosis estará presente a través de siglos con signos dramáticos, con fantasías, con derrotas y triunfos, con tristezas y alegrías, y tendrá su límite hacia mediados de la década del 40. La de Franz Kafka terminará en 1924, año de su muerte. La del arte se bifurcará abarcando a ambas porque las grandes obras perduran en el tiempo.

Las lesiones de tuberculosis se encontraron en huesos egipcios e incas. Es la consunción para Hipócrates.

Pero ahora veamos atacando a inspiradoras de genios como fue Beatriz para Dante o Vittoria Colonna, Marquesa de Pescara, para Miguel Angel, que la vio partir loco de dolor.

Quizás una de las inspiradoras más conocidas es Simonetta Cattaneo, (Fig.1) casada con Marco Vespucchi. Pintada por Piero di Cosimo11 se destaca sobre un fondo nebuloso y adornada con amatistas joyas. Reina de la belleza de Florencia, inspiró a otros pintores como Ghirlandaio, Pollaiuolo, Leonardo y sobre todo a Botticelli1 que muestra en casi todas sus obras siendo la más famosa "La Primavera", (fig. 2) donde se la ve como figura central con vestido lleno de flores.

En 1476, la muerte de tuberculosis a los 23 años, en 1476.

Siguiendo en este sector del bosque y pensando en el arte recordemos a Paulina de Beaumont,

* Conferencia pronunciada en la Sociedad Argentina de Cirugía Torácica, 19 de marzo de 1997.

FIGURA 1
Alejandro Dumas (h) que la llamó Margarita Gautier en su novela y en la obra teatral titulada "La Dama de las Camelias". Indiscretamente podría agregar que Alejandro Dumas (h) fue pareja de ella durante un tiempo y de las muchas cosas que él ha dicho de la joven Alphonsine Plessis, siempre recuerda en particular dos: que era de una extraordinaria belleza y que acostumbraba a llevar un ramillete de camelias o una sola. Veinticinco días del mes debían ser blancas y los cinco restantes rojas. ¿Alusión a hemoptisis catamenciales? Es una pregunta médica, no poética.

Por lo tanto en el arte esta cortesana pasó a ser primero Margarita Gautier y luego Violeta Valléry en la inmortal ópera de Verdi "La Traviata", que significa la extraviada.

El drama en la vida real de Violeta o Margarita, o sea Alphonsine Plessis, fue que tuvo un amor verdadero, no pudiendo concretarse definitivamente por distintas razones, y murió consumida por la tuberculosis el 3 de febrero de 1847, a los 23 años igual que Simonetta. Se cuenta que a su sepelio no fueron los aristócratas y ricos burgueses que pagaron grandes sumas para poseerla y la abandonaron en sus últimos tiempos, sino los artistas, los poetas, los bohemios de París que la veneraban y (extraños movimientos psicológicos) construyeron un monumento modesto (fig. 4) en el cementerio de Montmartre.

Sacadas de la realidad o imaginadas hay heroínas tuberculosas. Por ejemplo, hacia 1830, en París, transcurre la historia de Mimi, heroína de la ópera "La Bohème" de Puccini. Ella muere también de tuberculosis en los brazos de su amado Rodolfo, cerrando una vida de bohemia característica de cierta juventud de esa época.

Estamos en los tiempos en que la tuberculosis era una enfermedad romántica pero no creadora del romanticismo. Las figuras alargadas y pálidas de las adolescentes cloróticas y los febriles recluidos en sus camas o con trabajosas salidas, representaban la aspiración anormal de muchas jóvenes.

"Era la enfermedad soñada por los desilusionados de la vida, cuya existencia se deslizaba en la alcoba tibia, rodeada de flores... soñando con el ser amado... Se asomaba a la ventana en una noche glacial para provocar la muerte"

El romanticismo creó un tipo que nos es descripto por Chateaubriand quien dice... "a primera vista debía representar un hombre enfermo..."
"Dijo anoche su canto de muerte
la canción de la tos en tu pecho
y al mojarse en las notas rojizas
mostró flores de sangre el pañuelo."

Fernando Fader⁴ pintó, en Ischilín, hasta sus últimos días, a pleno sol, aun con hemoptisis. Sus hijos lo apantallaban por el calor.

Recordemos aquí a Chopin⁵ que formó parte del grupo de músicos fundadores del movimiento romántico (Fig. 5). Representa la imagen descollante del tuberculoso. Nació en 1810 y murió en 1849, a los 39 años. Su historia como enfermo revela que las hemoptisis fueron frecuentes. Sus preludios y nocturnos son melancólicos, no así los valses, mazurcas y polonesas, cambios que pueden haber sido influidos por los períodos de enfermedad apaciguada o por las recaídas respectivamente⁹.

A fines del siglo pasado, después del descubrimiento de Koch (1882) del bacilo productor de la enfermedad y de los estudios previos de Villemin que demostraron la contagiosidad de la tuberculosis, se da un adiós lento y progresivo al sentido romántico. La sociedad comienza a emplear el

---

⁴ Fernando Fader
⁵ Frédéric Chopin
⁹ Respectivamente
aislamiento de los enfermos con fines de tratamiento y para evitar el contagio.

De romántica pasó a ser indeseable tanto para el paciente como para los familiares. Ambos trataban de ocultarla, cosa que a veces era imposible y además, como siempre, estaban los que cuenchando difundían las noticias.

Nacieron numerosos Dispensarios, Hospitales y Sanatorios donde los enfermos serían internados y pasarían mucho tiempo para sanar o morir. En nuestro país hubo Hospitales de Ilnarea como el de General Rodríguez y el de Pergamino y en la ciudad de Buenos Aires el Tornú, Muñiz, Santojanni y el Hospital Nacional Central, y parcialmente el Hospital del Tórax Dr. Antonio A. Cetrángolo en Vicente López. Hubo hospitales que tuvieron gran influencia local como los de Tucumán, Salta y Jujuy. Pero eran más buscados los de otros climas de montaña pues se les atribuyó propiedades estimulantes de la inmunidad.

Las Sierras de Córdoba fueron elegidas para instalar hospitales, habiendo sido el más conocido el de Santa María en Cosquín y uno que fue escuela situado en la ciudad de Córdoba, el Tránsito Cáceres de Allende.

Pero las Sierras de Córdoba se transformaron en un mundo especial donde los enfermos no solamente se internaban en hospitales, sino que existían numerosas pensiones donde concurrían tratando de ocultar la enfermedad, que por otra parte era reconocida por todos. Fueron, sin duda, factores de contagio. Muchos empeoraban porque no tenían orientaciones precisas sobre los tratamientos de la época. Otros al sanar se instalaban definitivamente allí y algunos que volvían a sus hogares regresaban para consolidar sus curas.

Días, meses, años haciendo reposo absoluto o relativo, controlando la temperatura, tratando de engordar (ya no se trataba de ser escuálidos como en la era romántica).

Días, meses, años de reposo en Hospitales y Sanatorios, modificando la mentalidad como consecuencia del cambio total de vida y de compañía, esperanzados o deprimidos, consiguiendo en el mejor de los casos, el alta médica después de muchos controles.

Había que cumplir horarios para comidas, para reposo o para paseos. Si subía la temperatura unas décimas después de iniciar paseos autorizados rompiendo el reposo, era obligatorio disminuir el tiempo de ejercicio, y había que verlos paseando lentamente cobijados por las sombrillas para evitar el sol. Y tantas cosas que podría narrar sobre esa vida si dispusiéramos de más tiempo.

Días, meses, años: el tiempo como protagonista junto a Hans Castorp en la obra "La montaña mágica" escrita entre 1912 y 1923 por Thomas Mann. Refleja todas las ideas filosóficas, políticas y religiosas de la época. Es obra de un observador de la vida en Sanatorios porque acompañó a su mujer enferma en uno de Suiza. Para nuestro tema se destaca la importancia que ejerce el tiempo en la decadencia espiritual de Hans Castorp, y no solo el tiempo sino el cambio de vida, las presencias de la enfermedad y de la muerte, que lo llevan a perder sus intereses iniciales.

Días, meses, años; alrededor de dos años estuvo internado en el Sanatorio Ascochinga Ulises
Petit de Murat (después de pasar una larga estadía en una pensión). Curó gracias a la operación de toracoplastia que le practicamos y publicó en 1943 "El balcón hacia la muerte". En la obra describe bien sus miedos, sus angustias, su deseo de curarse y el mal del ocio. No refleja la psicología de los otros enfermos.

El Sanatorio Ascochinga (Fig. 6) estaba situado en un bello rincón de las Sierras de Córdoba. Allí trabajé desde fines de 1934 a marzo de 1940. Nuestro contacto con los enfermos era muy íntimo dado el tiempo de permanencia y nuestras visitas diarias, estimulantes para conversaciones de todo tipo.

En el Sanatorio palpitaba la esperanza porque el Dr. Antonio A. Cetrángolo (Figura 7) que lo dirigía, sabía mantenerla. Más de uno conoce la frase extraída de su libro: "Treinta años cuidando tuberculosis". "Cuando mi ciencia o mi arte no me permitan ofrecer al enfermo una ayuda grande o pequeña, le brindé mi comprensión y procuré mantener en su espíritu esa llama oscilante que es la esperanza, que ayuda a llevar la vida cuando la enfermedad obliga a pensar en la muerte".

Porque la idea de la muerte estaba en todas partes.

Extraños ensayos de la naturaleza llamaba yo a esas bellas mujeres que, como Simonetta, veía morir o salvarse en el Sanatorio.

Sin embargo les mostré fotografías (Figuras 8 y 9) de una fiesta que dimos (1938). Con excepción de nosotros, Cetrángolo, Passalacqua y yo, médicos, y de algunos empleados administrativos y familiares, todos los demás eran enfermos. ¿Podrías adivinarse viéndoles tan alegres, comiendo y luego con juegos de cotillón y baile? Reuniones más pequeñas o cine los domingos, rompían la monotonía en que vivían.
Pero esta monotonia se veía rota también porque la vida seguía, a pesar de todo, y en algunos aparecían intereses literarios o artísticos, pues estaban también los optimistas deseosos de vencer. A veces simplemente concurrir al comedor, donde se oía buena música rompía la rutina.

Aunque existían pabellones para mujeres y para hombres la convivencia de los sexos ocasionalmente en algunas oportunidades amores furtivos, escapadas y hasta casamientos. Había pureza y desconcierto.

Durante esa fiesta cuyas fotografías mostró, un joven a quien asistí murió en su habitación y Petit de Murat escribió un largo poema del cual leo una parte:

"Había dicho: El jardín es una frente pensativa...
Las hermosas muchachas
no deberían estar enfermas...
Yo en los bellos jardines
que la noche torna ilimitados.
Yo junto a las músicas que lloran
sobre los hombros desnudos,
en la desnuda sonrisa melancólica
de las muchachas enfermas.
Tú soportando el filo agudo de un viento
vociferador de brutales adiós
en tu pequeño cuarto indefenso
alcanzando tu primera noche en la muerte".

Los sanatorios más famosos estaban en Suiza y todos los tuberculosos ricos iban a pasar largas temporadas de curas. Sanatorios de Altitud, con galerías al exterior, heladas, frente a las montañas y a la nieve. Y, naturalmente, había sanatorios de montaña en muchos países de Europa.
Y ya encontramos a Franz Kafka (fig. 10) afectado por la tuberculosis. Dora Geritt en Pequeños recuerdos de Franz Kafka dice: "En medio de un aislamiento campestre, entre colinas y bosques, sobre la veranda de una pequeña pensión, hacia Kafka una cura de reposo a que lo había forzado su salud inestable".

Estudiar la biografía de Kafka, por ejemplo en el libro del que fue su gran amigo Max Brod, leer sus obras y tratar de desenvolver tantos misterios de su personalidad, es una labor enriquecedora y compleja.

Algunos puntos aparecen como indicadores en su vida: la conflictiva relación con el padre, la soledad aun dentro de la familia, la imposibilidad de concretar en matrimonio sus amores, la exagerada autoexigencia, su evolución religiosa y ética, "su lucha por el bien a pesar de todo y de todos" y la denuncia de lo absurdo del mundo. Sobrevolando esto y mucho más, creo que la tuberculosis crónica tiene que haber influido en su obra.

La enfermedad se hizo evidente por una hemoptisis en agosto de 1917, pero ya tenía síntomas mucho antes y la tuberculosis lo persiguió hasta ocasionar su muerte en 1924, a los 41 años de edad, habiendo tenido internaciones en varios sanatorios. Murió en la Clínica del Dr. Hofmann, en Kierling, (fig. 11) acompañado por Dora Dymant (fig. 12) con quien había vivido algunos años, y por el Dr. Klopstock, antiguo compañero de sanatorio y entonces su médico.

"Franz dice Brod- se defendía con todas sus fuerzas de la perspectiva de internarse en un Sanatorio de tuberculosis. Sólo años después hubo de ceder. Se hallará cierta contradicción en el hecho de que entonces que era recomendable no quisiera escoger un sanatorio y años antes fue a descansar a Sanatorios en Zurich, en Harz, en Riva".

Al dar el adiós a la tuberculosis del romanticismo señale brevemente cómo pasó a ser indeseable y ocultable. Ahora agrego que se llegó a esperar la muerte como una liberación para el enfermo sin esperanzas y a veces también para vencer la angustia de los familiares.

Interpreto que algo así subyace en "La metamorfosis", una obra de Kafka en la cual Gregorio Samsa, el protagonista "Una mañana, después de..."
un sueño intranquilo, encontróse en su cama convertido en un monstruoso insecto*.

La nueva vida de Gregorio está llena de incertidumbres, inquietudes, avances y retrocesos. Estudiándola, entre muchas otras cosas, veo a este insecto como a un tuberculoso y en la obra aparecen todas las angustias, las de él y las de la familia, luego la necesidad de ocultarlo y finalmente el alivio con su muerte, como ocurriera con algunos tuberculosos.

Al final de la obra que cuento muy resumidamente, eliminando párrafos, se lee:

"¿Muerto? dijo la señora Samsa"... "Bueno —dijo el señor Samsa— ahora podemos dar gracias a Dios... "La madre y la hija se levantaron y se dirigieron hacia la ventana"... El señor Samsa dijo "Vengan ya. Olvidad de una vez las cosas pasadas"... (se refería a la enfermedad y a la muerte de Gregorio). "Luego salieron los tres juntos, cosa que no había ocurrido desde hacía meses y tomaron el tranvia para ir a respirar el aire de las afueras"... 

Volviendo hacia atrás en las intrincadas sendas de nuestro bosque retrocedemos al siglo XVII para encontrar allí a Molière15 víctima de uno de los episodios más dramáticos de la tuberculosis: la hemoptisis, tema sobre el cual gira el último acto de esta breve historia.

Actor, autor, escenógrafo, poeta, filósofo, espiritu crítico, viajó con su compañía por la campiña francesa muy enfermo durante varios años. El 17 de febrero de 1678, representando uno de los personajes de su obra "El enfermo imaginario", tuvo un fuerte escarlatin y terminada la actuación, en un camarín adonde fue llevado, tuvo una violenta hemoptisis y murió ahogado con su sangre. Tenía 52 años.

Ya dije que las hemoptisis revelaron definitivamente la enfermedad de Kafka, al que volvemos.

Hace tiempo había leído un cuento escrito por él que me pareció una dramática referencia a las hemoptisis. Y a continuación, ya llegando al nudo, les leeré su cuento "El buitre"16, ilustrado para esta ocasión por el artista Héctor Bracco.

"Erase un buitre que me picoteaba los pies. Ya había desgarrado los zapatos y las medias y ahora me picoteaba los pies. Siempre tiraba un picoteuzo, volaba en círculos inquietos alrededor y luego proseguía la obra. Pasó un señor, nos miró un rato y me preguntó por qué toleraba yo al buitre".

"—Estoy indefenso— le dije—, vino y empezó a picotearme, yo lo que esperaba y hasta pensé torcerle el pescuezo, pero estos animales son muy fuertes y quería saltarme a la cara. Prefiero sacrificarme los pies: ahora están casi hecho pedazos*.

"—No se deje atormentar— dijo el señor, un tiro y el buitre se acabó".

"¿Le parece?— pregunté—, ¿quiere encargarse usted del asunto?"

"—Encantado— dijo el señor--; no tengo más que ir a casa a buscar el fusil, ¿puede usted esperar media hora más?"

"—No sé— le respondí, y por un instante me quedé rígido de dolor; después añadí--; por favor, pruebe de todos modos".

"—Bueno— dijo el señor--, voy a apurarme".

"El buitre había escuchado tranquilamente nuestro diálogo y había dejado errar la mirada entre el señor y yo. Ahora vi que había comprendido todo: voló un poco, retrocedió para lograr el impetu necesario y como un atleta que arroja la jabalina encajó el pico en mi boca, profundamente. Al caer de espaldas (fig. 13) sentí como una liberación; que en mi sangre, que colmaba todas las profundidades y que inundaba todas las fribas, el buitre irreparablemente se ahogaba".

El anónimo protagonista no muere ahogado con su sangre como le ocurrió a Molière y a tantos otros, sino que ahoga y mata al buitre.

Este cuento representa para mí dos cosas básicas: el buitre es la enfermedad. El protagonista no puede hacer nada. Está indefenso. Tiene los
FIGURA 13

... (¿los pulmones?) desechos. No pide auxilio porque duda de los tratamientos, pero alguien se lo ofrece. Es acertado pensar que es un médico pero que no llega a tiempo. Sobreviene la histeria y descripta dramáticamente. Y ahogar al buey significa el intento de vencer a la enfermedad mediante un sobrehumano esfuerzo.

¿Pero lo consigue? ¿No colma también su sangre todas las profundidades e inunda todas las riberas? Y la liberación que siente ¿qué es? Aquí dejó abierto este cuento a otras interpretaciones.

Ya ha terminado la prometida recorrida por las sendas del bosque, parcial e incompleta, triste pero verdadera, personal e literaria. La miro con dos sentimientos. Uno algo melancólico porque me recuerda a los que no podíamos salvar; otro reconfortante pues al contrario muchos volvieron a la vida. Todo me dio grandes conocimientos sobre la naturaleza humana nacidos en esa lucha desigual, espiritual y física de médicos y enfermos sostenida con dotes armas a pesar de las curas hipócritas dietéticas y de la cirugía cuya máxima expresión era entonces la toracoplastia. Ahora siento la necesidad de dedicar unos breves párrafos a la tuberculosis.

Al comenzar y fijar límites temporales a las sendas del bosque, di como límite para la tuberculosis aproximadamente la mitad de la década del 40 porque aparecieron las drogas específicas que cambiaron el ritmo de la vida de los enfermos y de los médicos. Desde entonces dimos el adiós a los hospitales especializados y a las largas curas, y tuvimos la gran ilusión de terminar con la tuberculosis, que no ocurrió por múltiples causas económicas, políticas y sociales: pobreza, hambrunas, guerras, SIDA, que determinaron su aumento en los últimos tiempos.

Por eso estamos obligados a seguir luchando esperanzados, cada uno desde su puesto, para lograr que aquella ilusión perdida se concrete en la próxima centuria.

BIBLIOGRAFÍA